

La motivación de los casi dos cientos escritores internacionales que acudieron a Valencia hace ochenta años se podría resumir en los versos famosos de Antonio Machado:

«Si mi pluma valiera tu pistola de capitán, contento moriría».

Desgraciadamente, la victoria de Franco mostraría que las plumas no tienen el mismo impacto que las pistolas, las metralletas, la artillería y las bombas.

Con el apoyo del Ministerio de Instrucción Pública republicano, el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura se abrió en Valencia el 4 de julio de 1937, en esta misma sala del Ayuntamiento de Valencia, a la sazón recién bombardeado.

La sesión inaugural fue abierta por el Presidente del Gobierno Juan Negrín. La presidencia contaba con Ernest Hemingway, Romain Rolland, André Malraux, Louis Aragon, George Bernard Shaw, Thomas Mann, Heinrich Mann, Antonio Machado y José Bergamín, aunque muchos de ellos no vinieron.

Entre ellos, Romain Rolland, que envió un mensaje:

‘En Valencia, Madrid y Barcelona, está reunida en estos momentos la civilización del mundo entero amenazada por los aviones y las bombas de los bárbaros fascistas como lo estuvo en la antigüedad por la invasión de los bárbaros’.

Este fue el primero de muchos textos y discursos emotivos, cuya denuncia del fascismo sería el tono dominante del congreso.

Entre los participantes más recordados en la actualidad intervinieron Nicolás Guillén, César Vallejo, Tristan Tzara, Antonio Machado, Manuel Altolaguirre, Rafael Alberti, Miguel Hernández, Stephen Spender, Auden, o Langston Hughes.

Volviendo a la cita de Machado, se plantea la pregunta: ¿los congresistas eran escritores comprometidos o turistas literarios? En cualquier caso no puede haber duda alguna en la clasificación, cuando se piensa en los delegados que luchaban en las Brigadas Internacionales, como Ludwig Renn, Gustav Regler, Jef Last y Ralph Bates, o en algunos españoles que luchaban en el Ejército como Gustavo Durán. Sin embargo, eran minoría en el Congreso.

Mientras muchos congresistas se limitaban a repetir eslóganes antifascistas, otros escritores no pudieron asistir al Congreso porque estaban ocupados en tareas más comprometidas. Me refiero a los que venían a pasar mucho tiempo en España, especialmente como corresponsales.

El americano Frank Hanighen recopiló recuerdos de varios compañeros y llegó a la conclusión de que

«antes o después, casi todos los periodistas destinados a España se convertían en alguien distinto al atravesar los Pirineos». «Después de llevar allí una temporada, las preguntas de su editor desde la remota Nueva York o desde Londres parecían interrupciones banales. Porque más que en un mero observador, se había

convertido en un participante del horror, la tragedia y la aventura que representa toda guerra».

Por su parte, el experimentado corresponsal Louis Fischer apuntaba que «bastantes de los corresponsales extranjeros que visitaban la zona franquista se convirtieron en republicanos, pero prácticamente todos los innumerables periodistas y demás visitantes que penetraban en la España republicana se transformaron en colaboradores activos de la causa».

Al hablar de la conversión en «colaboradores activos de la causa», Fischer estableció una conexión de propósitos entre muchos escritores y periodistas que llegaron a España y los miles de hombres y mujeres de todo el mundo que acudieron a incorporarse a las Brigadas Internacionales. Aquellos voluntarios creían que combatir por la República era luchar por la supervivencia de la democracia y la civilización ante el ataque del fascismo.

En la conversión de que hablaba Fischer, subyacía una profunda admiración por el estoicismo con que la población resistía. Los corresponsales vieron el hacinamiento causado por el incesante flujo de refugiados huyendo de las fuerzas de Franco. Vieron cadáveres despedazados de civiles inocentes bombardeados desde tierra, mar y aire por los aliados nazis y fascistas de Franco. Y el heroísmo de la gente de a pie que se apresuraba a participar en la lucha, para defender su régimen democrático.

Entre esos observadores, alguno estuvo después en el Congreso de Escritores, pero la mayoría de los congresistas sabían bien poco de la realidad de la guerra.

Los escritores y periodistas más comprometidos, lo mismo que los turistas literarios, estaban convencidos de las consecuencias que tendría para el resto del mundo lo que sucedía en España. Interpretaron lo que veían como un presagio del futuro que aguardaba al mundo, si no se detenía al fascismo en España.

Por tanto, sentían ira y frustración ante la ciega complacencia de los líderes políticos de sus países, sobre todo Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. Trataron de transmitir lo que percibieron, como la injusticia que representaba dejar indefensa a la República.

Muchos se vieron empujados por la indignación a escribir en favor de la causa republicana, algunos a ejercer presión en sus países y, en unos pocos casos, a tomar las armas para defender la República. Unos pocos llegaron como periodistas y acabaron en las Brigadas Internacionales. Claud Cockburn, Hugh Slater y Tom Wintringham, todos con acreditaciones del periódico comunista británico Daily Worker, abandonaron la pluma para hacerse soldados.

Entre otros, Hemingway, Jay Allen, Martha Gellhorn, Fischer, George Steer o Orwell se hicieron partidarios decididos de la República, hasta el punto de convertirse en activistas. Algunos de los más comprometidos redactaron los reportajes de guerra más precisos y memorables. Frank Hanighen consideraba que «la guerra

marcó el comienzo de una nueva etapa, la más peligrosa, con diferencia, de toda la historia del reportaje periodístico».

En ambos bandos, los corresponsales afrontaban el peligro de las balas, de los obuses y de los bombardeos de la aviación enemiga. Al menos cinco murieron y otros fueron heridos. En las dos zonas, había dificultades para superar la censura, si bien lo que en la republicana podía ocasionar molestias, en la rebelde conllevaba a veces un peligro de muerte.

Allí, Edmond Taylor, del Chicago Daily Tribune; Bertrand de Jouvenal, de Paris-Soir; Hank Gorrell y Webb Miller de la agencia United Press; y Arthur Koestler y Dennis Weaver, del News Chronicle, fueron encarcelados y amenazados con la ejecución. Más de treinta fueron expulsados de la zona rebelde, pero solo uno de la republicana.

Al menos otro, Guy de Traversay, de L'Intransigeant, fue fusilado, y aproximadamente una docena más fueron detenidos, interrogados y encarcelados por los rebeldes, días o meses.

Buen ejemplo de escritor comprometido fue Herbert Matthews. Había estado en la Abisinia y entonces pensó que la invasión italiana podría ser positiva para aquel país subdesarrollado. Lo que vio en España le convirtió en antifascista. Se enorgullecía de su trabajo, y su ética personal le obligaba a no escribir nunca una palabra que no creyera fervientemente cierta. En España tendría

*que soportar la amargura de ver perder al bando que apoyaba.
Decía:*

«Quienes defendíamos la causa del gobierno republicano contra la de los nacionales de Franco teníamos razón. A fin de cuentas, era la causa de la justicia, la moralidad y la decencia... Todos los que vivimos la Guerra Civil española nos conmovimos y nos dejamos la piel... Siempre me pareció ver falsedad e hipocresía en quienes afirmaban ser imparciales; y locura, cuando no una estupidez rotunda, en los editores y lectores que exigían objetividad o imparcialidad a los corresponsales que escribían sobre la guerra... Al condenar la parcialidad se rechazan los únicos factores que realmente importan: la sinceridad, la comprensión y el rigor.»

Comenté antes la diferencia de percepción de la realidad sangrienta de la guerra que existía entre unos congresistas y otros.

Spender tendría unos recuerdos bastante menos idealizados que los de Octavio Paz el cual escribió años más tarde

«compartimos las mismas esperanzas y creencias, las mismas ilusiones y desencantos. Fuimos unidos por un sentido de ultraje moral y por solidaridad con los oprimidos [...] Había amor, lealtad, coraje y sacrificio y todo inolvidable. En todas estas cosas yace la grandeza moral de ese Congreso de hace ochenta años.»

Esta visión la contrastaremos después con los recuerdos de Spender.

Aunque tuvieron mucho eco en la prensa republicana e incluso internacional, los discursos del Congreso no cambiaron el punto de vista de las cancillerías de Londres, París y Washington. Es difícil saber su impacto sobre la población republicana.

Según Spender, la flota de limusinas que transportaba delegados de Barcelona a Valencia y luego a Madrid, fue recibida en cada pueblo donde paró con entusiasmo y generosidad por una gente que manifestaba una fe conmovedora y pensaba que la llegada de 'los intelectuales' fortalecía la resistencia republicana. Pero mientras el pueblo español moría de hambre, a los congresistas se les agasajaba con banquetes.

Spender escribió que en cierto sentido el Congreso tenía algún elemento de fiesta de niños mimados y encontró algo grotesco aquel «circo de intelectuales, tratados como príncipes y ministros, transportados a lo largo de cientos de kilómetros a través de un paisaje precioso y pueblos destrozados por la guerra, al son de los aplausos de la gente, y entre corazones rotos, a bordo de coches de lujo Rolls Royce, agasajados con banquetes y fiestas, canciones y bailes.»

Octavio Paz escribió:

«una noche, [...] tuve que buscar refugio en un pueblecito cerca de Valencia mientras la aviación enemiga dejaba caer su carga de bombas sobre la carretera. Un campesino nos dio cobijo en su barraca. Cuando se dio cuenta de que yo venía de Méjico, uno de los

pocos países que ayudaban a la República, salió a su huerta a pesar de las bombas, y cortó un melón. Y [...]lo compartió con nosotros».

En cambio, Spender sintió culpabilidad por la reacción de una campesina después de una comida que les ofrecieron en Minglanilla. Al cruzar la plaza, la mujer le agarró del brazo y le rogó: «Señor, ¿puede usted impedir que los pájaros negros ametrallen a nuestros hombres mientras trabajan en el campo? »

Hubo una vertiente sombría del Congreso, uno de cuyos organizadores era Mikhail Koltsov, corresponsal de Pravda. El principal objetivo declarado del encuentro era demostrar que la mayor parte de los intelectuales del mundo apoyaban a la República.

*Sin embargo, hubo un tema implícito, que se discutía en privado y en sesiones públicas. Además de dedicar mucho tiempo a críticas feroces de Trotsky, los delegados rusos (entre ellos Koltsov, Alexei Tolstoy, el documentalista Roman Carmen, e Ilya Ehrenburg, junto a comunistas españoles y de otros países) tenían la intención de denunciar la «traición» perpetrada por André Gide con la publicación en 1936 de *Retour de l'URSS*, reportaje de una gira reciente por la Unión Soviética, donde habían sido agasajados como invitados ilustres, con un grupo de intelectuales franceses, comunistas o compañeros de viaje.*

El libro de Gide criticaba aspectos de la vida soviética que le habían horrorizado, como el culto a la personalidad de Stalin, la obsesiva persecución del trotskismo y la politización del arte.

*A las críticas que había provocado su libro, contestó con otro, *Retouches à mon retour de l'URSS*, publicado en 1937. Por falta de traducciones, muchos asistentes al Segundo Congreso no lo habían leído.*

Según Paz, las críticas de Gide «fueron moderadas, más bien reprensiones amistosas. Aun así, fue maltratado y vilipendiado por el Congreso; había quien le tildó de ‘enemigo del pueblo español’. Otros le llamaron ‘monstruo fascista’ y ‘burgués decadente’. Aunque muchos estábamos convencidos de que los ataques fueron injustos y admirábamos a Gide, nos mantuvimos silenciosos.»

Koltsov destacó por sus comentarios sarcásticos sobre el escritor francés. La versión publicada en la prensa española del discurso que le dedicó en Madrid, incluye un pasaje omitido después en su diario de la guerra. Hablaba del terror que se había desatado en la Unión Soviética como de una medida preventiva:

«Hay gentes que se extrañan un poco de la decisión con que nosotros los escritores soviéticos sostenemos las medidas firmes e implacables de nuestro Gobierno con los traidores, los espías y los enemigos del pueblo. Estas gentes piensan que nosotros, aunque seamos buenos patriotas soviéticos, pero también trabajadores de la pluma pacífica e inofensiva, debemos dejar todo esto a los

órganos inflexibles del Poder y nosotros mismos estar al margen de estas cosas, no inmiscuirnos en estos asuntos, o al menos callarlos, no hablar de ellos en voz alta en las páginas de nuestra Prensa. No, colegas y camaradas. Es para nosotros una cuestión de honor. El honor de los escritores soviéticos [está] en las primeras filas de la lucha contra la traición, contra todo atentado a la libertad y la independencia de nuestro pueblo.» Declaraba que la conspiración militar en España no habría sido posible si el Gobierno de la República hubiera tenido la misma determinación que el Kremlin para silenciar a sus enemigos. «Nuestro país está completamente asegurado contra las aventuras de los Francos grandes y pequeños. Está asegurado por su vigilancia y decisión, está asegurado porque al primer paso de los franquillos trotskistas los órganos de la seguridad soviética les cierran el camino, y el Tribunal militar, sostenido por todo el pueblo, los castiga.»

El encono de Koltsov hacia Gide tenía una dosis de autoprotección. Stalin no le perdonaba su papel en la organización del Primer Congreso Internacional de Escritores, en París, en 1935. Consideraba que se había concentrado demasiado en que los participantes condenaran a Hitler, en vez de componer himnos de alabanza a su persona. Creía que Koltsov había sido el conducto de lo que percibía como un chantaje por parte de los delegados franceses, que amenazaron con boicotear el congreso si la URSS no

enviaba figuras literarias distinguidas, como Isaak Babel o Boris Pasternak, en vez de escritorzuelos de partido.

Una vez hubo enviado a Babel y Pasternak, Stalin sufrió una nueva humillación cuando delegados franceses y el italiano Gaetano Salvemini pusieron sobre la mesa el caso de Victor Serge, escritor trotskista francés encarcelado en Rusia desde 1933. Gide y Malraux, como presidentes del congreso, permitieron que se debatiese el asunto.

Los rusos, entre ellos Koltsov pero no Pasternak, contestaron negando saber algo de la suerte de su compañero de la Unión de Escritores, Victor Serge. Pese a los esfuerzos de Koltsov, y como resultado del escándalo que se produjo en el congreso, Serge tuvo que ser puesto en libertad. Koltsov acabaría pagando un precio muy alto por esta ofensa y por su confraternización con izquierdistas franceses que más adelante criticarían a la URSS. Como Malraux.

Pese a la derrota y a la amarga frustración de haber sido testigos de la negligencia culpable de las democracias, casi todos los que apoyaron la causa de la República mantuvieron el resto de sus vidas la convicción de haber tomado parte en una contienda trascendental.

Era un sentimiento que compartía George Orwell, cuyas memorias del breve período que pasó en España han ayudado mucho a quienes sostienen, desde la extrema izquierda o desde la extrema derecha, que la responsabilidad de la derrota de la República

recaía, en cierto modo, más sobre Stalin que sobre Franco, Hitler, Mussolini o Chamberlain.

Pese a la amargura por lo que había visto siendo soldado raso del POUM, Orwell afirmaba no sentir decepción: «Resulta bastante curioso que la experiencia en su conjunto no haya mermado mi fe en la sinceridad de los seres humanos, sino que la haya incrementado».

Aún en la década de 1980, Alfred Kazin todavía consideraba que la guerra de España era «la herida que no cicatrizará». Y añadía:

«España no es mi país; pero la Guerra Civil española, igual que la que le siguió, sí fue mi guerra. En ella perdí amigos. Perdí la esperanza de que pudiera detenerse a Hitler antes de la Segunda Guerra Mundial. Con los juicios de las purgas de Moscú perdí la condescendencia que podía quedar en mí hacia los comunistas. Sin embargo, quienes destruyeron la República española siempre serán mis enemigos».

La escritora Josephine Herbst, era de los pocos congresistas que sabían algo de la guerra. Antes y después del Congreso viajó incansablemente por la zona republicana. Nadie pudo sintetizar mejor el significado que la lucha tuvo para tantos escritores y periodistas, testigos de la heroica resistencia de la República. En 1966, con setenta y cuatro años, vió el documental Mourir à Madrid, de Frédéric Rossif. Posteriormente escribió a unos amigos:

«No me hubiera gustado tener a alguien conocido sentado a mi lado; no, a menos que hubiera pasado por la misma experiencia. No solo me sentí como si muriera, sino también que había muerto. Y [...] lo que vi fuera de la sala y en la calle, al salir, parecía completamente irreal. Se me ocurrió que en el sentido más literal, mi vida había acabado en esencia en España. [...] Sabía que nada iba a impedir la Segunda Guerra Mundial. Nada. Y desde entonces la mayor parte del tiempo la he vivido gracias al tesoro enterrado de los años anteriores [...] Todo se repite, y es terrible, pero nunca se aprende la lección.»

¿Cuántos participantes del Congreso de Valencia vivieron después a base de aquel tesoro espiritual enterrado que había proporcionado a Josephine Herbst la experiencia de la lucha de la República?